

EN ESTE NUMERO:

- EL SACERDOTE, MINISTRO DE SANTIFICACION, por Mons. Mauro Rubio Ripollés (pp. 5-7).
- COMO ERAMOS Y COMO SOMOS LOS CURAS DE HACE VEINTICINCO AÑOS, por José M.^a Javierre (pp. 16-17).
- EL CONSEJO PRESBITERAL, por Mons. José Delicado Baeza (páginas 32-31).

editorial

UN MAYO ATORMENTADO

Nada tiene de extraño, dado el lugar que por derecho y de hecho ocupa en la vida católica, que las encrespadas olas de la polémica se hayan levantado ahora hasta casi tocar los aledaños de la Virgen Nuestra Señora. No vendrá mal una breve reflexión sobre el particular. Este mes de mayo, con tantas resonancias marianas, no se ha ganado, al menos en nuestro país, el calificativo de florido y hermoso que le asigna nuestro refranero. No nos referimos ahora a su climatología natural, sino a su trayectoria político-religiosa. Recordemos a vuela pluma los incidentes más señalados que lo han conturbado.

Ya de víspera, resultó «reventado» un acto organizado en el Seminario de Madrid y presidido por uno de los obispos auxiliares con ocasión de San José Obrero, por parte de las fuerzas de la ultraderecha. A su cargo hay que anotar también la violenta agresión con heridos y sangre contra los militantes de las organizaciones de Iglesia, consiliarios nacionales y el mismo prelado de Madrid a la salida de la celebración litúrgica del patrono de los trabajadores. Las huestes del otro extremo se hicieron responsables del vil asesinato, en plena calle, de un policía en acto de servicio. La nota del Consejo de los Obispos de Madrid, condenando las dos violencias, la de la derecha y la de la izquierda, y llamando a todos a la reflexión, invitando a la concordia y a la búsqueda de medios justos para las causas justas, cayó particularmente mal, quizás por el peso de su razón y la fuerza de su equilibrio. El cristiano y humanísimo gesto del funeral religioso por el policía asesinado, desembocó en una manifestación que se adornaba con pancartas y otras expresiones intranscribibles contra nuestro Episcopado, a la cabeza de la cual figuraban algún muy notable político, altos directivos de los guerrilleros de Cristo Rey y de la Hermandad Sacerdotal. Este es, a grandes rasgos, el contexto en que vino a coincidir la proyectada visita de una imagen peregrina de la Virgen de Fátima a Madrid y a otras diócesis españolas. Tales acontecimientos, por su misma gravedad, aconsejaban repensar la iniciativa alumbrada, por supuesto, con la más sana y pura de las intenciones, por un grupo de fieles deseosos de propulsar la devoción a María.

Pero antes, y aparte de tan graves incidentes, latían también otras razones que pedían estudiar con especial discreción el proyecto. Es un hecho comprobado que hay quienes tratan de utilizar el nombre de Fátima para arropar intereses e intenciones que tienen que ver muy poco o nada con la Virgen María. Pero esto no es sólo de ahora ni de aquí. Se ha dado y se da en otras latitudes. Testigo de mayor excepción es el propio obispo

de Cova de Iria, que ha denunciado el propósito repetidas veces, la última, en este mes de mayo.

Por otra parte, hacía falta estar ciego para no percibir en Madrid y en otras partes cómo algunos sectores sedicentes católicos y rabiosamente politizados, se aprestaban a meter dentro de su propia vela todo el viento popular y triunfante que levanta la sagrada imagen en las concentraciones masivas. Los textos de algunas pancartas, los letreros de las vallas y el mismo acto del teatro Goya, de Madrid, probaron «a posteriori», entre otros muchos datos, que los racionales indicios de politización partidista a propósito de la visita de la Virgen de Fátima, no eran puramente imaginarios. Así las cosas, el proyecto fue repensado en Madrid y se apreció, por parte de quienes tienen el derecho y el deber de hacerlo, que los inconvenientes resultaban ser mayores que las ventajas, y se acordó prescindir de la visita. Muchos obispos residenciales llegaron al mismo acuerdo por vías más o menos parecidas. Decisiones que la tendencia más conservadora ha convertido en arsenal para su guerra particular contra la línea pastoral de la Conferencia de los Obispos, y particularmente contra los que más se han destacado hasta ahora en la misma.

Por otra parte, parece claro que a las consideraciones precedentes de origen primordialmente sociopolítico con incidencia en lo religioso, hay que añadir otras mucho más hondas, de carácter fundamentalmente teológico-pastoral. Por supuesto, los obispos españoles reservan a la Virgen María lo más sensible de su fe y corazón. Sin ir más lejos, podríamos hacer un hermosísimo libro-documento recogiendo en él las cartas y exhortaciones pastorales que en este mes de mayo le han dedicado a la Madre de Dios. Por eso a muchos televidentes sonó a insulto la mera suspicacia de que ellos «cierran sus puertas a María». Los que acordaron recibir la Imagen peregrina y los que acordaron lo contrario, que fueron la inmensa mayoría. Por tanto, sería injusto a todas luces plantear el problema a nivel de fe y devoción a nuestra Señora. Lo que de verdad se discute, y es perfectamente discutible, es si ésta es la hora de insistir con particular acento en una mariología de advocaciones, apariciones, milagros, procesiones, etc., o más bien en una catequesis sólida sobre el misterio de María en Dios, en Cristo y en la Iglesia. Es de igual modo cuestionable si es Fátima en todo su conjunto, sin ningún discernimiento, el medio más apropiado para educar la fe y devoción mariana, en las gentes de nuestras ciudades y pueblos.

(Pasa a la pág. 2)